

Epigrafía en la Alhambra

Juan Castilla Brazales

La Alhambra no fue obra de un monarca ni empresa de unos cuantos sultanes. Hasta convertirse en el Conjunto Histórico que hoy admiramos, el Monumento tuvo que pasar por un largo proceso cuyos inicios se remontan a 1237, cuando Muhammad I (1232-73), el fundador de la dinastía nazarí, llegó a Granada dispuesto a hacer de ella la capital de un reino que echaba entonces a andar. A él cabe atribuir la iniciativa de crear una ciudad palatina en una elevación natural conocida con el nombre de la Sabika, avanzada de tal forma hacia la urbe granadina que constituía por sí sola un emplazamiento estratégicamente ideal para controlar a su población.

Casi un siglo más tarde, ya en tiempos de Muhammad III (1302-9), debió de quedar claramente establecida su estructura: una alcazaba en su extremo oeste; un área residencial, comercial y artesanal en la vertiente sur y el lado este; y una zona palatina en la ladera norte de la colina.

En todos los palacios fueron levantándose columnas, bóvedas, fuentes y arcos en los que era difícil encontrar espacios desnudos de decoración. Aún hoy pervive mucha de aquella ornamentación, de tal modo que un recorrido visual por todos los elementos arquitectónicos nos permite disfrutar de una hábil combinación de motivos geométricos, vegetales y epigráficos.

En el caso de las paredes, si practicamos sobre ellas un barrido ascendente, observaremos un esquema que suele repetirse: a la superficie alicatada que parte del suelo le sigue un revestimiento de yesería que linda con la madera del arrocabe o del techo. En estos espacios es posible pasar de un complejo entramado de perímetros entrecruzados a trozos de paramento en los que proliferan las palmetas y las piñas. Y en igual medida es habitual que de una sofisticada red de rombos se llegue a paños de lienzo en los que destacan las hojas de vid o de acanto.

A lo largo y ancho de tan insólita travesía uno se topa irremediamente con epígrafes que suscitan cierta expectación en quienes se detienen a examinarlos, provocando sensaciones muy distintas según los casos: curiosidad si no ven en ellos más que una suma de trazos ininteligibles, desconcierto si no atinan a distinguirlos de otros componentes decorativos, y puede que cierto ensimismamiento si además de saber unir los caracteres de las letras y sus prolongaciones aciertan a leer el contenido y los mensajes que encierran. A estos últimos debe presuponerseles un buen conocimiento del árabe clásico, una correcta preparación para identificar aleyas y suras coránicas, una notable agudeza para asimilar correctamente las metáforas que esconden algunos enunciados, y, cómo no, una sólida competencia para reconocer un tipo de escritura, la árabe, de características muy peculiares.

La epigrafía árabe de la Alhambra tuvo una función ornamental, pues vino a suplir en la medida de lo posible a las artes plásticas, poco promovidas por el islam. Se utilizó también para dar fe de obediencia a Allah; pero sirvió, además, para hacer patente la generosidad del monarca que mandaba edificar al tiempo que se le elogiaba mediante una larga enumeración de sus méritos y cualidades. A propósito de esto, tengamos en cuenta que nuestros antepasados no contaban con los recursos publicitarios de que disponemos hoy y, por tanto, no era extraño que se valiesen del grabado en la piedra, el estuco o la madera como fórmula decorativa para legar a la posteridad el testimonio de gestas, conquistas u obras constructivas emprendidas por sus mandatarios.

Para cualquiera que ignore los más básicos rudimentos de la escritura árabe es

fácil visitar los palacios nazaríes sin reparar en las nueve mil inscripciones existentes en sus dependencias. Tal es así que capiteles, dovelas o mocárabes no son más que algunas de las piezas representativas de cuantas dan soporte a los más variados textos que decoran la Alhambra. Precisamente, la profusión de leyendas epigráficas y la fascinación que éstas han despertado desde siempre, han hecho de este conjunto arquitectónico «un maravilloso libro abierto».

La escritura árabe ofrece una rica diversidad de formas. No obstante, si practicamos un ejercicio de simplificación y nos centramos en la Alhambra, podemos distinguir dos tipos fundamentales: el *kufi* o ‘cúfico’ y el *nasji* o ‘cursivo’. Sumémosles, además, un tercero que solemos denominar mixto, resultado de combinar los dos anteriores.

La forma de escritura llamada *kufiyya* o ‘cúfica’ debe su nombre al lugar donde nació: Kufa. A raíz de su fundación en el siglo VII, la ciudad se vio poblada de colectivos que se sirvieron de este modelo de letra para fijar los textos del Corán. Comenzó a tener desde entonces la consideración de sagrada, toda vez que mediante copias de elegante caligrafía se difundía la palabra de Allah entre los fieles musulmanes. Destacan en ella unos rasgos geométricos predominantemente rectilíneos junto con unos trazos que se prolongan hasta conformar ingeniosas obras artísticas.

En el caso de Granada, los artesanos nazaríes alcanzaron tal grado de madurez creativa que llevaron hasta límites inimaginables el llamado cúfico geométrico, un tipo de escritura que despierta profunda admiración entre los visitantes del Monumento, sea cual sea su lugar de procedencia. No en vano, nos hallamos ante una de las producciones estéticas más acertadas y significativas de cuantas aportaron los andalusíes al arte islámico.

La segunda de ellas, la denominada *nasji* o ‘escritura de copistas’, vino a reemplazar a la anterior una vez transcurridos los siglos de expansión araboislámica. Sus trazos, redondeados y más sueltos, se corresponden con una caligrafía que se asemeja a la manuscrita.

Fue también en los palacios nazaríes donde el *nasji* logró su más alto nivel de desarrollo, algo constatable si se analizan aún hoy los armoniosos rasgos con que fueron grabados los versos de los tres grandes poetas de la Alhambra: Ibn al-Yayyab, Ibn al-Jatib e Ibn Zamrak.

Si tenemos en cuenta que, técnicamente, el cúfico se caracterizaba por carecer de los puntos diacríticos por los que se distinguen algunas letras árabes de otras, se comprenderá que el tipo *nasji* o cursivo, reuniendo en torno a sus trazos todos esos elementos, haya llegado a nuestros días desempeñando un papel fundamental al ayudar a entender con claridad y a pronunciar con corrección no ya los textos coránicos, sino otros muchos de distinta naturaleza. Recordemos en este sentido que el empleo del cúfico no sólo estuvo restringido a la confección de ejemplares del Corán. Ya en la misma época en que gozó del privilegio de ser utilizado para tan sagrado fin, comenzó a dar cuerpo a toda suerte de inscripciones, desde las más humildes, estampadas sobre objetos textiles, de cerámica o carpintería, hasta las más significativas, concebidas para perpetuar el nombre de monarcas y poderosos en construcciones religiosas y civiles.

Cualquiera de los tres tipos de letra —*kufi*, *nasji* o mixto— sirve en la Alhambra para dar forma a inscripciones de contenido diferente; a saber:

La leyenda que más abunda en los palacios se corresponde con el lema dinástico de los nazaríes:

«No hay más vencedor que Allah».

Atendiendo a la frecuencia con que se repiten, predominan en segundo lugar las inscripciones de tipo jaculatorio, denominación que reservamos para los epígrafes que se

fundamentan en impetraciones a Allah. Sirvan de ejemplo las tres siguientes:

«Alabado sea Allah por el beneficio del islam».

«La gloria es de Allah».

«Gratitud a Allah».

Llamamos inscripciones votivas a epígrafes muy breves, la mayoría de las veces compuestos por uno o dos sustantivos, acompañados en ocasiones de algún adjetivo que los califica. Debe entenderse que, a través de ellas, se hace velada alusión a lo divino, utilizando conceptos abstractos con los que se espera que beneficios providenciales recaigan sobre el monarca que gobierna, sobre las personas que habitan en el palacio o sobre la estancia en la que están grabadas. Ejemplos de este tipo de rótulos son:

«La prosperidad continua» o «bienestar eterno».

La palabra «bendición» y el vocablo «felicidad» son también muy frecuentes.

Calificamos de regias a las inscripciones que ensalzan a un monarca o ponen el acento en acontecimientos relacionados con él. Las hay del tipo:

«Gloria a nuestro señor el sultán».

O más explícitas; tal es el caso de:

«Gloria a nuestro señor Abu Abd Allah».

Las inscripciones coránicas se corresponden con aleyas o suras de mayor o menor extensión extraídas del Libro sagrado de los musulmanes. Sirvan de ejemplo las siguientes:

«No tenéis ningún beneficio que no venga de Allah» (*Corán*: XVI, 53).

«No tengo otro auxilio sino de Allah; en Él confío y hacia Él me vuelvo» (*Corán*: XI, 88).

«La victoria no viene sino de Allah, el Poderoso, el Sabio» (*Corán*: III, 126).

Las leyendas poéticas se muestran bajo rasgos cursivos. Se corresponden con versos compuestos ex profeso para el lugar, o bien entresacados a veces de largas casidas atribuidas a poetas que trabajaban a las órdenes de los monarcas en la Secretaría de Redacción de la corte nazarí. Sirvan como modelo las dos siguientes:

«¡Oh aquel que ve a los leones agachados, intimidados por el respeto que les inspira!», décimo verso de los doce grabados en la Fuente de los Leones.

«Jamás vimos un jardín tan verde y hermoso, de lugares tan fragantes, de frutos tan dulces», vigésimo verso de los veinticuatro estampados en la Sala de Dos Hermanas.

Tanto el primero, esculpido en el borde de una taza, como el segundo, encerrado en una cartela redonda, están tomados de una casida atribuida al poeta Ibn Zamrak.

En las paredes de la Alhambra también hay otro tipo de inscripciones que, por su contenido aforístico, pueden entenderse a modo de máximas. Una de ellas dice:

«Alégrate en el bien, pues es Allah quien ayuda».

Bello mensaje transmite la que reza:

«Quien emplea buenas palabras merece respeto».

O esta otra:

«Sé parco en palabras y saldrás en paz».

Mención aparte merecen las inscripciones fundacionales y funerarias. Las primeras, que hacen alusión a la fecha de edificación de alguna construcción y al sultán responsable de haberla levantado, pueden admirarse en la fachada este de la Puerta de la Justicia, donde está grabada una que remonta al reinado de Yusuf I (1333-54), así como en la fachada oeste de la Puerta del Vino, donde queda a la vista otra datada durante el gobierno de Muhammad V (1354-9) y (1362-91). Por lo que respecta a las segundas, esculpidas en lápidas sepulcrales, se hallan expuestas en el Museo de la Alhambra. Sirven de ejemplo de estas últimas el epitafio de Yusuf III (1408-17) o el de Muhammad III (1302-9).

TEXTO UNO

Poesía en la Alhambra

De todas las inscripciones de la Alhambra, no hay duda de que han sido las de tipo poético las que han suscitado el mayor interés de estudiosos y visitantes del Monumento. Y ello, debido a que, probablemente, no habrá otro lugar en el mundo en el que contemplar muros, tacas, columnas y fuentes se convierta en un ejercicio tan similar al de hojear las páginas de un libro de poemas, circunstancia esta que concede al conjunto alhambrense la feliz particularidad de aunar composición poética y epigrafía, original combinación de arte y ciencia promovida por los monarcas y ejecutada por poetas que trabajaban a sus órdenes en la Secretaría de Redacción. Estos últimos, de acuerdo con proyectos decorativos bien planificados, se encargaban de diseñar los espacios donde habrían de perpetuarse sus versos, unas veces compuestos ex profeso, otras, entresacados de largos poemas nacidos con antelación de su inspiración. Luego, ellos mismos se preocupaban de seguir muy de cerca todo el proceso que llevaba hasta la piedra, el yeso, la madera o el alicatado, el fruto de su ingenio.

Hay entre este tipo de inscripciones unas que encierran referencias religiosas o históricas, pero son mayoritarias las que aluden al lugar en el que están grabadas. Si en unos casos es el poema el que lanza un reclamo al edificio o el que traza un retrato del elemento arquitectónico, en otros es la propia inscripción la que se expresa en primera persona valiéndose de los versos. No faltan tampoco las leyendas poéticas que se erigen en sutiles locuciones dirigidas a veces al monarca promotor de la construcción y otras a la persona que se detiene a contemplarlas.

TEXTO DOS

Los poetas de la Alhambra

Es comúnmente aceptado que los auténticos poetas de la Alhambra fueron tres y que todos ellos, además de ser responsables del *Diwan al-insha'* o 'Secretaría de Redacción', ejercieron de primeros ministros:

■ Una buena formación, unida a una marcada sutileza para los asuntos de Estado, llevaron a IBN AL-YAYYAB (1274-1349) a la Secretaría de Redacción cuando era aún muy joven. Ello le permitió desempeñar su labor de funcionario-poeta durante más de medio siglo, espacio de tiempo que le permitió ver en el trono de Granada a seis monarcas, desde Muhammad II hasta Yusuf I.

Que sepamos, compuso poemas destinados a perpetuarse en:

▫ El Palacio del Partal.

▫ Algunas construcciones levantadas por Ismail I; principalmente, las del Generalife.

▫ Obras emprendidas por Yusuf I, como las acometidas en los baños reales o en la calahorra que lleva el nombre de este monarca, más conocida como Torre de la Cautiva.

■ Discípulo del anterior, el polígrafo granadino IBN AL-JATIB (1313-75) dedicó gran parte de su tiempo a componer y recopilar versos, e incluso a teorizar sobre el arte de la poesía. Desarrolló una intensa y agitada actividad política bajo los reinados de Yusuf I y Muhammad V, con quienes vivió momentos de muy desigual fortuna. Es muy probable que su caída en desgracia con este último monarca —circunstancia que motivó su relevo en el cargo— explique la mínima presencia de sus versos en los actuales muros

de la Alhambra.

En cualquier caso, compuso:

▫ Los poemas que rodean las tacaas situadas en el arco que precede al Salón de Comares, unos versos que se corresponden con el período en que trabajó en la Secretaría de Redacción bajo el reinado de Yusuf I.

▫ Puede que sea suyo el poema de seis versos que discurre de derecha a izquierda sobre el zócalo de la alcoba central del paramento norte del Salón de Comares.

■ No cabe duda de que IBN ZAMRAK (1333-93), discípulo y sucesor del anterior, fue el mejor de los poetas de la Alhambra. En el ámbito de la Granada nazarí fue el responsable de llevar a su máximo esplendor el arte de estampar la poesía en elementos arquitectónicos. Dedicó gran número de panegíricos al sultán Muhammad V y a episodios históricos acaecidos durante el reinado de éste. Sus versos pueden verse en:

▫ La fachada de Comares.

▫ El Patio de los Arrayanes.

▫ El acceso a la Sala de la Barca.

▫ La Fuente de los Leones.

▫ La Sala de Dos Hermanas.

▫ El Mirador de Lindaraja.

▫ La Fuente de Lindaraja.

El sultán nazarí Yusuf III (1408-17) nos legó gran número de versos muy relacionados con los palacios de la Alhambra. Algunos de ellos nacieron con la idea de ser grabados en sus muros.

Finalmente, Ibn Furkun, un poeta vinculado a su corte, compuso una rica producción literaria. Además de otros temas y pormenores, ésta incluía numerosos detalles alusivos a las transformaciones emprendidas por Yusuf III en el Conjunto Monumental.